

POLIS ROMANA. HACIA UN NUEVO MODELO PARA LOS GRIEGOS DEL IMPERIO

Roman Polis. To new mode for Greeks of the Empire

Juan Manuel CORTÉS COPETE

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla. Correo-e: jmcorcop@upo.es

Fecha de aceptación definitiva: 15-09-2005

BIBLID [0213-2052(2005)23;413-437]

RESUMEN: Los modelos tradicionales de la integración griega en el Imperio –Roma campeona del Helenismo o la alienación griega en el Imperio– son insatisfactorios para explicar el complejo proceso por el que los griegos se convirtieron en romanos. Una nueva visión es necesaria. La interacción entre las provincias y Roma en la creación de una nueva identidad colectiva para todo el Imperio debe ser eje fundamental de la explicación. Además, es necesario incluir en el modelo interpretativo un amplio margen para la diversidad local y regional, diversidad que no llegó a poner en peligro los formantes comunes de la identidad imperial. Así ocurrió en el Oriente donde la *polis* griega, sufriendo transformaciones profundas –ideológicas, políticas, sociales y económicas–, pasó a constituir parte de la Romanidad.

Palabras clave: polis, helenismo, romanidad, identidad griega.

ABSTRACT: The traditional views about the Greeks in the Roman Empire (i.e. Rome as the new leader of Hellenism, or Greek alienation within the Empire), are not enough to explain the complex process which transformed the Greeks into Romans. Firstly, a new overview is needed: when dealing with the new imperial identity, reciprocity between Rome and the provinces should be acknowledged and become a main focus. Secondly, local and regional diversity should be taken into

account, even though it never meant a serious danger to the existence of a common imperial identity. That was the case with the Eastern part of the Empire: the Greek *polis* went through deep changes –ideological, political, social and economical–, but it became a part of the very idea of Romanness.

Key words: *polis*, Hellenism, Romanness, Greek identity.

WHAT HAPPENED IN ATHENS WITH THE COMING OF ROME?

Con esta pregunta intentaba epitomizar S. Alcock el asunto de un importante libro que, bajo su inspiración, lleva el insólito título de *The Romanization of Athens*¹. Se trataba, según la historiadora, de comprender el *impacto* de Roma sobre Atenas, ciudad que habría de servir al investigador como laboratorio de experiencias ampliables a todo el Oriente griego. La provocación intelectual residía en la unión descarada del concepto de Romanización y del nombre de aquella ciudad, concebida como metonimia del Helenismo.

Los estudiosos de la Antigüedad en general y del Imperio Romano en particular se han forjado bajo la omnipresente idea de la Romanización. Todavía las espléndidas palabras de Th. Mommsen resuenan:

Lo verdaderamente grandioso de estos siglos consiste en que la obra ya cimentada, la implantación de la civilización greco-latina, bajo la forma del desenvolvimiento del régimen municipal de las ciudades y de la incorporación gradual a esta órbita de los elementos bárbaros, o, por lo menos, extraños, obra que requería por su propia naturaleza, para desarrollarse por sí misma, siglos de incesante actividad y sosiego, encontró en efecto el largo plazo y la paz que necesitaba, tanto por mar como por tierra².

En la actualidad el concepto está siendo sometido a justa revisión. Ésta ha partido fundamentalmente –y como no podía ser de otra manera– de la crítica moral al imperialismo contemporáneo que se proyectaba en el pasado romano, y de la crisis postcolonial anglosajona³. Por eso, aunque ya nadie sostendría que se trató del paso de la barbarie a la civilización, la imagen que emana del florido verbo del sabio alemán todavía sigue siendo el pilar sobre el que se asienta nuestra visión de la profunda transformación que sufrió el Occidente bajo el gobierno de Roma. La

1. ALCOCK, S. E.: «The Problem of Romanization: the Power of Athens», en HOFF, M. C. y ROTROFF, S. I. (eds.): *The Romanization of Athens*. Oxford, 1997, pp. 1-7.

2. MOMMSEN, Th.: *El mundo de los Césares*. Madrid, 1945 (original alemán, 1885), p. 4.

3. En este sentido véanse los estudios contenidos en MATTINGLY, D. J.: *Dialogues in Roman Imperialism* (JRA Suppl. 23). Londres, 1997. Más reciente: MATTINGLY, D.: «Being Roman: Expressing identity in a provincial setting», *JRA*, 17, 2004, pp. 5-25.

multiplicación de las ciudades con su homogéneo equipamiento urbano –foros, templos, teatros, acueductos, balnearios–, la difusión del hábito epigráfico –que permite acceder a las palabras allí donde la tradición literaria no llega para descubrir la universalización de nombres, dioses, instituciones y lengua–, y la uniformidad de la cultura material son, gracias a la arqueología, fiel sostén de la misión civilizadora de Roma, las pruebas que demuestran el feliz resultado de la Romanización⁴. Llegó un momento en que los habitantes de Imperio, especialmente si eran ciudadanos romanos, cuando viajaban por las distintas provincias occidentales sólo encontraban, por doquier, un mundo idéntico al suyo⁵.

A mi modo de ver, esta concepción de la realidad del Imperio debe ser matizada por dos consideraciones. La primera de ellas afecta a la aparente homogeneidad sincrónica de la Romanidad⁶. Es necesario admitir que junto a los elementos ya señalados que proporcionan esta imagen de universalización cultural tuvieron que existir múltiples particularidades de carácter regional, e incluso local, que no han sido recogidas ni por las visiones literarias antiguas ni por el rastreo arqueológico moderno. Las causas de esta suerte de ceguera ante la diversidad están en la perspectiva ideológica de la literatura antigua, en la inmaterialidad de algunas de las diferencias y en la perspectiva ideológica de la tradicional arqueología moderna. Si pudiéramos acompañar a un romano en su viaje por las provincias nosotros veríamos, hoy, con toda seguridad, muchos mundos diferentes donde él, posiblemente, sólo viera Roma. Es decir, y como no podría ser de otra manera, el Imperio era de una inmensa variedad. Esta riqueza de tradiciones y realidades, no obstante, no se consideró –ni se considera–, casi nunca, obstáculo para certificar la unidad político-cultural del Imperio. Pero con toda seguridad existió, aunque la diversidad de los territorios del Imperio y de sus pueblos no afectara –no amenazara, si se quiere– a los componentes comunes mínimos, pero destacados, que conformaban su identidad romana. Por fortuna, unas breves palabras del emperador Adriano sirven para confirmar la idea:

Se sorprendió Adriano de que los italicenses, así como los de otros antiguos municipios, entre los cuales citó el de Útica, en vez de seguir viviendo según sus propias leyes y costumbres pidiesen ser convertidos en colonias⁷.

4. Sigue siendo enormemente seductor el panorama trazado por ROSTOVITZ, M.: *Historia social y económica del Imperio Romano*, I. Madrid, 1937, pp. 261-300.

5. WOOLF, G.: *Becoming Roman. The Origins of Provincial Civilization in Gaul*. Cambridge, 1998, p. 2.

6. Véanse las reflexiones de WOOLF, G.: «The Unity and Diversity of Romanisation», *JRA*, 5, 1992, pp. 349-352. HIDALGO, M.^a J.: «Identidad griega y poder romano en el Alto Imperio: frontera en los espacios culturales e ideológicos», en LÓPEZ BARJA, P. y REBORDA, S. (eds.): *Fronteras e identidad en el mundo griego antiguo*. Santiago de Compostela/Vigo, 2001, pp. 139-156.

7. Aul. Gell., *NA XVI* 13, 4.

Aunque creo que es innecesario, no puedo resistir la tentación de recalcar que mi argumento no se basa en algo sobradamente conocido por todos los estudiosos de la Antigüedad –la condición jurídica y el origen de la institución municipal y colonial–, sino en el hecho de que, para el emperador, hacer uso de costumbres y leyes propias –*cum suis moribus legibusque uti possent*– no afectaba ni a la condición de romano ni a la dignidad social de los practicantes de esas diversas tradiciones.

Para nuestra desgracia, y hasta que se imaginen nuevas formas de mirar la Antigüedad, el Occidente romano quizás ofrezca pocas posibilidades de profundizar en la línea propuesta. Es necesario reconocer que aquellos provinciales permanecen todavía callados y que, cuando hablan, lo hacen como romanos. Pero este acercamiento creo que se revela extraordinariamente fructífero en el Oriente griego –y posiblemente más allá–, donde si algo no hicieron fue mantenerse callados. La abundancia de la literatura griega del periodo, el carácter escasamente formular de su epigrafía y la abundancia y complejidad de sus testimonios arqueológicos son una ventana, y una invitación, a una lectura del pasado como la que aquí se sugiere. Más bien, aquí, el caso es el contrario. Se ha insistido tanto en la diversidad del mundo griego –lengua propia, tradiciones cívicas particulares, un sistema de valores asentado en la *paideia*– que los oscurecidos han sido los formantes de su romanidad. Por eso un título como el de *The Romanization of Athens* resulta provocador. Sobre este asunto volveré después.

La segunda consideración que quería formular a aquella concepción del Imperio que insiste en el éxito del proceso romanizador se refiere a la permanente mutación de la romanidad a través del tiempo. Recuperando a nuestro romano viajero, si el nuevo periplo que le propusiéramos se desarrollara en el tiempo y no en el espacio, es obvio que esa imagen de uniformidad que antes se destacaba quedaría pulverizada. ¿Qué romano coetáneo de Escipión Emiliano reconocería como suya la ciudad de Augusto o Adriano, poblada de teatros, termas y foros porticados al modo greco-oriental? ¿Y qué decir de una ciudad que rendía culto a Mitra, Isis y tantos otros dioses orientales con mayor devoción que a los dioses patrios de antaño? Pero tanto los habitantes de un tiempo como de otro se consideraban plenamente romanos. Esto no es otra cosa que una perogrullada, es decir, una verdad tan evidente y sabida que es necedad decirla..., pero mayor necedad olvidarla.

La *Romanitas* estuvo en permanente construcción, cambiándose por el contacto y la integración de los provinciales en un proceso dialéctico del que no sólo salían transformados los súbditos, sino también los dominadores. No se trata, en este último caso, sólo de la incorporación a la cultura romana de artefactos provinciales más eficaces, tal y como ocurrió con la falcata íbera por ejemplo, sino de transformaciones profundas del sistema de valores romano al hacer suyas realidades provinciales ajenas. Ejemplo eminente de esta transformación es la cristianización del Imperio. El cristianismo pasó a conformar con tanta profundidad la identidad romana que llegó un momento en que «romano» no significaba otra cosa que «cristiano». Pero para que esto llegara a suceder el cristianismo tuvo que mutarse profundamente para insertarse en, y hacer suyo, el cuadro de valores de

la sociedad romana; tuvo que, en definitiva, «romanizarse». El proceso, es sabido por todos, no fue sencillo. Exigió de un enorme lapso de tiempo y generó profundos conflictos tanto en la Romanidad receptora como en la comunidad cristiana. La alternancia entre persecución y tolerancia o la proliferación de herejías, muchas de ellas de corte regional, son sólo algunas de las más conocidas manifestaciones de la lucha⁸. Pero el cristianismo se romanizó. J. Alvar, argumentando sobre el éxito de los cultos místéricos en el Imperio, hablaba de auténticos «procesos de refundación de estos cultos que, sólo cuando se ponen en marcha, adquirieron una fisonomía mejor adaptada a los requerimientos de sus nuevos destinatarios»⁹. No se puede decir lo mismo del judaísmo, a pesar de que durante el siglo I d. C. la religión de Yahvé tuviera seguidores incluso entre lo más granado de la oligarquía romana y no hubiera pocos aristócratas judíos felices ante las oportunidades del Imperio. La violencia extrema de las guerras cercenó las posibilidades de integración y cegó los cauces para la interacción¹⁰. La denominada Helenización de Roma¹¹, a pesar de las resistencias de buena parte de la oligarquía romana, no debería ser entendida, por tanto, sino como un proceso más de provincialización de la Romanidad.

Esta perspectiva, creo, no sólo es válida para los dominios del espíritu, aparentemente más proclives al cambio, sino también para el mundo de las instituciones y el derecho. La concesión del *Ius Latii* por los emperadores Flavios a Hispania puede servir de ejemplo¹². Aunque considerado el nuevo estatuto estímulo para la urbanización, se impone admitir la idea de que en primer lugar fue sólo la respuesta del gobierno a un profundo cambio en algunas áreas de las provincias hispanas, precisamente en aquellas vecinas a las zonas de intensa colonización cesárea y augústea¹³. Encontrar una salida político-institucional a una nueva realidad provincial fue lo que se hizo concediendo, a través de una nueva ficción jurídica, el derecho del Lacio a los habitantes de Hispania¹⁴. Este estatuto, con la peculiar posibilidad de obtener la ciudadanía *ob honorem*, dejó, definitivamente, de ser lo que había sido para convertirse ahora en un derecho provincial. Y los nuevos ciudadanos romanos, tras haber asumido los mínimos elementos comunes de la

8. FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: «El cristianismo greco-romano», en SOTOMAYOR, M. y FERNÁNDEZ UBIÑA, J. (eds.): *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*. Madrid-Granada, 2003, pp. 227-291.

9. ALVAR, J.: *Los misterios. Religiones orientales en el Imperio Romano*. Barcelona, 2001, p. 21.

10. SMALLWOOD, E. M.: *The Jews under Roman Rule: from Pompey to Diocletian*. Leiden, 1979.

11. FERRARY, J. L.: *Philhellénisme et impérialisme*. Roma, 1988. «Rome, Athènes et le philhellénisme dans l'empire romain, d'Auguste aux Antonins», en *Filellenismo e tradizionalismo a Roma nei primi due secoli dell'impero*. Roma, 1996, pp. 183-210.

12. Plin., *NH* III 3, 30. ORTIZ DE URBINA, E.: *Las comunidades hispanas y el derecho latino*. Vitoria, 2000.

13. GONZÁLEZ ROMÁN, C.: *Ciudad y privilegio en Andalucía en época romana*. Granada, 2002, p. 55.

14. Parece evidente que la visión de FEARS, A. T.: *Rome and Baetica*. Oxford, 1996, pp. 131-147, considerando la concesión de nuevo derecho como recompensa por servicios prestados, elimina de la interpretación las posibilidades transformadoras.

Romanidad, siguieron poseyendo sus propias leyes y costumbres, haciéndolas también, de alguna forma, romanas. Y precisamente de esas provincias hispanas, aunque de un municipio de ciudadanos romanos, vino el primer emperador provincial que, paradójicamente, fue considerado la encarnación de todas las virtudes romanas, de capa caída entre los ciudadanos de rancio abolengo, y que el advenedizo no podía garantizar ni por pedigrí ni por tradición familiar¹⁵. Pero nada de esto importaba cuando el resultado era el reforzamiento de Roma, una nueva Roma siempre distinta, a la que le gustaba pensarse siempre la misma.

LA ROMANIZACIÓN DEL ORIENTE GRIEGO

Todo este largo preámbulo está destinado a centrar la discusión sobre el *impacto* –para seguir utilizando las palabras de S. Alcock– de Roma en el Oriente griego. Sobre este asunto dos grandes corrientes interpretativas se han instalado en la historiografía moderna. La primera de ellas hunde sus raíces en los padres de la disciplina, con Th. Mommsen, como no podría ser de otro modo, de nuevo a la cabeza. Roma habría sido la heredera de los designios de Alejandro, llegando a ser –y vuelvo a citar brillantes palabras del sabio alemán– «el escudo y la espada de los griegos del Oriente y poder seguir civilizándolo a este Oriente no en un sentido itálico, sino en un sentido helénico»¹⁶. Sus ideas han tenido un enorme eco. M. Rostovtzeff, A. H. M. Jones¹⁷, G. Bowersock¹⁸, F. Millar¹⁹ y M. Sartre²⁰, por sólo citar algunos de los más insignes, han sostenido, siempre con diversos matices, que la labor de Roma en Oriente fue la extensión de la Helenización, y que tuvo como instrumento predilecto la fundación de nuevas *póleis*. Sólo en ámbitos muy precisos de la vida se habría dejado notar la influencia romana: la ley²¹, los gladiadores²² y la defensa de los territorios²³. El griego siguió siendo la lengua de la cultura, del gobierno –no sólo de la gobernación de las ciudades sino también de la acción imperial directa o indirecta, a través de los gobernadores– y de la actividad económica²⁴. La imagen que dimana de esta interpretación, apoyada en fuentes de información tan

15. La definición ideológica de Trajano: CIZEK, E.: *L'époque de Trajan. Circonstances politiques et problèmes idéologiques*. París, 1983, pp. 122-192. BENNETT, J.: *Trajan. Optimus Princeps*. Londres, 1997, pp. 63-73.

16. MOMMSEN, Th.: *El mundo de los Césares*. Madrid, 1945 (original alemán, 1885), p. 208.

17. JONES, A. H. M.: *Cities of the Eastern Roman Provinces*. Oxford, 1947, pp. xi-xv.

18. BOWERSOCK, G. W.: *Augustus and the Greek World*. Oxford, 1965.

19. MILLAR, F.: «The Greek City in the Roman Period», en HANSEN, M. H. (ed.): *The Ancient Greek City State*. Copenhague, 1993.

20. SARTRE, M.: *El Oriente Romano*. Madrid, 1994, pp. 127-132.

21. MILLAR, F.: «The Greek East and Roman Law: The Dossier of M. Cn. Licinius Rufinus», *JRS*, 89, 1999, pp. 90-108.

22. ROBERT, L.: *Les gladiateurs dans l'Orient Grec*. París, 1940.

23. KENNEDY, D. L.: *The Roman Army in the East* (*JRA Suppl.* 18). Ann Arbor, 1996.

24. CASSIO, A. C.: «La lingua greca come lingua universale», en *I Greci, 2. Una storia greca, III. Trasformazioni*. Turín, 1998, pp. 991-1013.

impresionantes como la arqueología y la epigrafía de las ciudades del Oriente, es una imagen espléndida, de prosperidad, crecimiento y optimismo. Basta con echar un vistazo a los mapas que A. H. M. Jones incorporó para acabar sospechando que la afirmación de F. Josefo sobre las quinientas ciudades de la provincia de Asia distaba muy poco de la verdad²⁵.

Pero he aquí, a mi modo de entender, donde reside el punto de partida de esta tesis, la propia literatura griega y, muy especialmente, la interpretación que Elio Aristides ofreció de su propio tiempo y del significado de Roma en su famoso, y vilipendiado, discurso en honor a la Urbe²⁶. El gran descubrimiento de Roma habría sido, según el sofista, el arte de imperar del que se han deducido la mejor forma de gobierno —la más perfecta democracia la llama Aristides—, la ley y la más acabada organización militar²⁷. Éstos son los aspectos que todavía hoy se consideran como los más importantes de la influencia romana en Oriente. La crítica de los moralistas griegos a la lucha de gladiadores²⁸, práctica que en el marco del Imperio no dejaba de ser un factor algo menos que secundario, estaba destinada, sin duda, a mantener una buscada distancia con el nuevo señor. Pero esta mácula no conseguía deslustrar el glorioso presente de las ciudades.

En la literatura griega del periodo se asienta también la segunda interpretación que la ciencia moderna ofrece para la relación entre Roma y sus súbditos griegos, una hipótesis que, en última instancia, es incompatible con aquella de Roma campeona del helenismo. Fue enunciada en un preclaro y magistral trabajo por E. Bowie²⁹: los griegos no se integraron en Roma sino que vivieron alienados, encontrando en un pasado que creyeron glorioso el refugio contra su decadencia. No haría falta ir muy lejos para encontrar pruebas de esa alienación. El mismo Aristides nos sirve: aunque él poseía la ciudadanía romana utilizó el «vosotros» para elogiar a Roma, ciudad que también, de alguna forma, era suya. La tesis ha recibido no pocas matizaciones, pero su fuerza interpretativa se mantiene todavía viva, siendo aceptada, especialmente en el mundo anglosajón. Quizás allí, la nostalgia del imperio recientemente perdido³⁰ se traslade, inconscientemente, a su lectura

25. Joseph., *BJ*, II 16, 4.

26. Es WILAMOWITZ, U.: «Der Rhetor Aristeides», *SB Berl. Akad.*, 28, 1925, p. 337 quien informa del valor que Th. Mommsen le otorgaba al discurso, que había utilizado para estudiar el reclutamiento militar. Debe destacarse el uso que ROSTOVITZ, M.: *Historia social y económica del Imperio Romano*, I. Madrid, 1937, pp. 261-264 hizo de él para describir el Imperio como una federación de ciudades.

27. La bibliografía sobre el discurso es muy extensa y puede encontrarse citada en mi trabajo «A Roma. Una historia griega para el Imperio», en prensa.

28. ROBERT, L.: *Les gladiateurs dans l'Orient Grec*. París, 1940, pp. 248-256.

29. BOWIE, E. L.: «The Greeks and their Past in the Second Sophistic», *P&P*, 46, 1970, pp. 3-41 («Los griegos y su pasado en la Segunda Sofística», en FINLEY, M. I. [ed.]: *Estudios sobre Historia Antigua*. Madrid, pp. 185-231).

30. Es difícil, aún, encontrar referencias claras a la influencia de la pérdida del Imperio en el pensamiento británico; no obstante pueden ser clarificadoras las opiniones de MILNE, S.: «Britain: imperial nostalgia», *Le Monde Diplomatique*, May, 2005.

del pasado griego bajo el dominio de Roma. La última versión ha salido de la inteligencia de S. Swain³¹, quien sostiene la existencia de una doble identidad para los oligarcas de las ciudades orientales, griega en lo cultural y romana desde una perspectiva política y administrativa. Identidades que, según el autor, pueden entrar en conflicto, encontrándonos así ante una suerte de esquizofrenia colectiva. Demasiado complicado.

Resulta innegable que durante los tres primeros siglos de vida del Imperio, el recurso al pasado fue argumento principal en la literatura y el pensamiento griegos. Lo que no se puede aceptar con tanta comodidad es que el recurso al pasado fuera una simple reacción contra la presente dominación romana; y que esa reacción tuviera como mecanismos el olvido del presente y el silencio de Roma. La parte de la Historia de un pueblo con la que se busca una conexión sentimental, es decir, el Pasado, es sólo una construcción ideológica del presente levantada sobre materiales disponibles para los más diversos usos. Y así aconteció, sin duda, entre los griegos. Ya lo advirtió Plutarco cuando aconsejaba que las grandes victorias griegas de los ss. v y iv a.C. quedaran confinadas al ámbito escolástico sin que de ellas debieran deducirse consecuencias políticas antirromanas³². Pero cuando Dion de Prusa, Plutarco y Aristides recurrían al pasado clásico griego para argumentar sobre la justa conducta ante Roma no pretendían soliviantar los ánimos contra la dueña del mundo sino más bien frenar las conductas facciosas que amenazaban el proyecto de integración. Y lo hacían insistiendo entre las diferencias entre aquel pasado aparentemente glorioso y el presente. En definitiva, trataban, y consiguieron, siguiendo la estela del de Queronea, que el pasado griego no fuera acicate de la resistencia.

Otro tanto se puede decir del aparente silencio de Roma. Es cierto que algunas obras de los sofistas de la época se sitúan en el pasado clásico, asumiendo los propios oradores el *ethos* de los protagonistas de aquellos lejanos acontecimientos. Así eran las *meletai*³³. Pero el aspecto literario y escolar eran principales en estos discursos, donde el sofista se esforzaba en demostrar su maestría para manejarse en un mundo distinto del presente, en un pasado documentado y recreado como experiencia literaria. En cambio, cuando se exigía de estos miembros de las oligarquías griegas su participación en el debate político, Roma se hacía, inevitablemente, presente. Está presente en los discursos de Dion sobre la Realeza y sobre los conflictos interciudadanos en Bitinia; Plutarco, en sus *Consejos Políticos*, no sólo no la olvida, sino que la convierte en el argumento central de su reflexión; y

31. SWAIN, S.: *Hellenism and Empire. Language, Classicism, and Power in the Greek World AD 50-250*. Oxford, 1966, pp. 70-71.

32. GASCÓ, F.: «Maratón, Eurimedonte y Platea: un comentario a Plutarco, *Praecepta gerendae reipublicae* 814 a.C.», en PÉREZ JIMÉNEZ, A. y DEL CERRO CALDERÓN, G. (eds.): *Estudios sobre Plutarco: obra y tradición*. Málaga, 1990, pp. 211-215.

33. GASCÓ, F.: «Para una interpretación histórica de las declamaciones en tiempos de la segunda sofística», *Athenaeum*, 80, 1992, pp. 421-431.

Aristides... No es necesario detenerse en la presencia de Roma en las obras de este último sofista. Bastará recordar su ya citado discurso *A Roma*. La nómina podría seguir alargándose: Pausanias, Arriano, Apiano, Luciano, Filóstrato. Muestra evidente de que el silencio de Roma en algunos géneros de discursos históricos era más asunto literario que político se encuentra en Claudio Eliano. Italiano de nacimiento, maestro del aticismo, compuso una *Silva Histórica* donde hizo breves incursiones en el pasado romano de las que el autor sentía que debía excusarse por haberse apartado de los cánones establecidos³⁴. Que un ciudadano romano de stirpe itálica, latino de nacimiento, figure en la lista de consumados sofistas compuesta por Filóstrato es indicio que aquel movimiento cultural que usó y abusó del pasado griego clásico no era hijo, ni necesaria ni principalmente, de un sentimiento de alienación ante Roma³⁵.

Llegados a este punto creo que se hace necesario admitir la insuficiencia de los modelos propuestos para explicar la integración griega en el Imperio. Ni la Romanización, diseñada desde las apariencias del Occidente, y su barniz uniformizador, hijo del colonialismo, ni la Roma paladín del Helenismo, ni la alienación griega son conceptos enteramente capaces de abarcar aquel proceso histórico en su integridad. Se hace imprescindible encontrar un nuevo marco conceptual. La integración de la diversidad en unidades históricas complejas parece que es una de las innovaciones más fructíferas de la historiografía contemporánea. Sus frutos son evidentes para la Modernidad a través de conceptos como el de «Monarquía compuesta»³⁶ que ha permitido sacar del limbo del «error de la evolución» a formaciones tan importantes como el Imperio Turco o el Imperio Austrohúngaro. La premisa fundamental está en el rechazo del Estado-nación como el destino de la evolución histórica y, por tanto, la necesidad de comprender otras realidades de la Europa del momento; unas realidades que no exigieron la uniformidad cultural y que funcionaron a través de la colaboración del poder real con las oligarquías locales y regionales, en una entente provechosa para ambos.

Un modelo semejante podría explicar la situación griega en el Imperio. Este modelo debería atender a las siguientes premisas:

- la ubicación de los griegos en el Imperio es un proceso histórico en permanente cambio, y no una posición predefinida que se mantuviera inalterada hasta la crisis del siglo III³⁷;
- como consecuencia de ese proceso los griegos acabaron participando plenamente de la vida del Imperio y colaborando lealmente en su gobernación; para

34. Algunos pasajes en los que aparece Roma o Italia, sus gentes, pueblos y héroes: *Silva Histórica*, II 38; III 34; IV 1; VII 11, 16, 21; IX 12, 16, 32; X 19; XII 6, 11, 14, 25, 33, 43; XIV 45.

35. Véase mi «Introducción» a Claudio Eliano, *Silva Histórica* (BCG), en prensa.

36. ELLIOT, J. H.: «A Europe of Composite Monarchies», *P&P*, 137, 1992, pp. 48-71.

37. Por el contrario, WOOLF, G.: «Becoming Roman, Staying Greek», *PCPhS*, 40, 1990, p. 130, sostiene la permanencia en el tiempo de la relación entre griegos y romanos.

- eso no fue obstáculo la inexistencia de mecanismos automáticos de obtención de la ciudadanía romana como los que proporcionaba el *Ius Latii*³⁸;
- esto significa, en última instancia, que llegaron a considerarse plenamente romanos, como evidencia el hecho de que acabaran adoptando la denominación de *Rhomaioi*;
 - su inclusión en el Imperio no les obligó al abandono de sus tradiciones culturales, es decir, que el grueso del Helenismo pasó a conformar ese grupo de particularidades no significativas para la Romanidad;
 - para que esto ocurriera las oligarquías griegas desarrollaron un proceso de redefinición del Helenismo con el fin de adaptarlo a la Romanidad –hija directa de esa redefinición es la Segunda Sofística, que podría pensarse como la versión romana del helenismo–;
 - esta redefinición del helenismo supuso la alteración profunda del sistema de valores, con la inclusión de prácticas, creencias y artefactos venidos de Roma;
 - esta redefinición aprovechó el filohelenismo romano para triunfar sobre otras versiones del helenismo y frente a los sectores reticentes de la oligarquía romana;
 - el filohelenismo romano agudizó la helenización de Occidente, incluyendo en la romanidad múltiples rasgos del Helenismo;
 - la redefinición del Helenismo se hizo a través de la investigación en el pasado griego;
 - el pasado se usó como elemento legitimador de las oligarquías que estaban poniendo en marcha el proceso ante sus propios conciudadanos³⁹;
 - las oligarquías griegas consideraron que las *poleis* eran el marco de su poder e influencia y el trampolín para sus ambiciones de ascenso social, por lo que fomentaron el patriotismo como valor primordial⁴⁰;
 - las ciudades griegas, aunque carecieron de un estatuto jurídico romano, conformaron parte plena del Imperio, siendo el tipo predominante de ciudad «romana» del Oriente, junto a un escaso número de colonias⁴¹ y otro aún menor de municipios.

38. Es especialmente interesante para mi argumento el hecho de que los atenienses solicitaran a Adriano permiso para que el jefe de la escuela epicúrea no poseyera la ciudadanía romana, aunque sí se le permitiera testar como romano. La complicada solución hubiese sido innecesaria si el emperador hubiese decidido hacer romano a quien saliera elegido. Pero la ciudadanía no era un bien especialmente deseado. OLIVER, J. H.: *Greek Constitutions of Early Roman Emperors from inscriptions and papyri*. Filadelfia, 1989, n.º 73.

39. SWAIN, S.: *Hellenism and Empire. Language, Classicism, and Power in the Greek World AD 50-250*. Oxford, 1966, pp. 38 y 66.

40. La philopatría es uno de los asuntos principales de los Consejos Políticos de Plutarco (p. ej. 811 BC y 813 CD). GASCÓ, F.: *Plutarco, Consejos Políticos*. Madrid, 1991, pp. 26-27. Véase también GASCÓ, F.: «Evérgetes Philopatris», en FALQUE, E. y GASCÓ, F. (eds.): *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad Clásica*. Sevilla, 1993, pp. 181-195. GIARDINA, A.: «Amor civicus. Formule e immagini dell'evertismo romano della tradizione epigrafica», en *La terza età dell'epigrafia*. Faenza, 1988, pp. 67-85; HIDALGO, M.ª J.: «Las ciudades griegas en el Imperio Romano. La mirada de los sofistas», *SHHA*, 20, 2002, pp. 75-114.

○ FORTUNATI, QUORUM IAM MOENIA SURGUNT!⁴²

No es mi intención tratar ahora, y en detalle, todos los aspectos de lo que constituye esta propuesta de explicación del proceso de integración griega en el Imperio. No obstante me gustaría detenerme en algunos pormenores de las prácticas evergéticas, aquellos vinculados con la monumentalización de las ciudades. El evergetismo ha sido bien definido como un fenómeno total, por su capacidad de integrar los aspectos políticos, ideológicos, sociales y económicos de las ciudades antiguas⁴³ además de abrir una vía de contacto privilegiado con el nuevo poder imperial. Es evidente, por tanto, que su análisis permitirá conocer múltiples facetas del proceso de integración.

Nadie podría afirmar que el evergetismo fue, para las ciudades griegas, una práctica nueva e importada desde Roma. Pero sí es posible sostener que el evergetismo griego se transformó profundamente bajo la influencia imperial romana. Los aspectos de esta transformación son múltiples. Bastará con señalar algunos de los más evidentes: la universalización de la concesión del título de evergeta a los benefactores locales, la desaparición de la concesión de honores divinos a los bienhechores particulares, y, lo que a mi juicio es más importante, una distinta valoración de los servicios a la ciudad, ya que acabaron perdiendo importancia las acciones de gobierno (guerras, intervenciones políticas en otras ciudades, alianzas internacionales, desempeño de funciones públicas más allá del deber) en favor de las donaciones económicas⁴⁴. Esto hizo que, culminando la evolución de la tardía época helenística, el evergetismo acabara convertido en un auténtico sistema de gobierno⁴⁵. Así, una minoría de ciudadanos ricos, poderosos y cultos –*pepaideumenoí* sería el término preciso⁴⁶ acabaron por asumir la dirección efectiva de sus ciudades a cambio de subvenir económicamente la vida pública⁴⁷. Estas aportaciones económicas a la vida de la ciudad podían tener diversos usos entre los que destaca, en primer lugar, la actividad edilicia, a los que se añadirían la organización

41. LEVICK, B. M.: *Roman Colonies in Southern Asia Minor*. Oxford, 1967.

42. Verg., *Aen.* I 437.

43. VEYNE, P.: *Le pain et le cirque*. París, 1976.

44. Plut., *Mor.* 805 A. GAUTHIER, Ph.: *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs*. París, 1985, pp. 53-63 y 72-73, quien considera que estos cambios se inician en lo que llama la «basse époque hellénistique». El final de los honores divinos a particulares: STRUBBE, J. H. M.: «Cultic honours for benefactors in the cities of Asia Minor», en DE LIGT, L.; HEMELRIJK, E. A. y SINGOR, H. W. (eds.): *Roman Rule and Civic Life: Local and Regional Perspectives*. Amsterdam, 2004, pp. 315-330.

45. GAUTHIER, Ph.: *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs*. París, 1985, p. 72.

46. ANDERSON, G.: «The Peapaideumenoí in Action», *ANRW*, II 33, 1, 1989, pp. 79-208.

47. Este mecanismo aparece prefigurado en Aristóteles, *Pol.* VI 7, 1321 a 31-42 y fue considerado por DE STE. CROIX, G. E. M.: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona, 1988, pp. 358-359, como uno de los dispositivos oligárquicos con los que se acabó con la democracia griega. No obstante, como señala Ph. Gauthier (*vide* nota anterior), sólo en la época helenística tardía se convirtió en un auténtico sistema de gobierno.

de espectáculos públicos y las simples distribuciones, bien de dinero, bien en especie. Se podrían individualizar, a mi modo de entender, al menos dos fuentes principales de innovación en las prácticas evergéticas de las ciudades griegas: el ejemplo imperial⁴⁸ y el modelo urbanizador del Occidente⁴⁹. Ambos está profundamente relacionados. El evergetismo griego, así, se habría romanizado, y con él la misma *polis*.

La urbanización de Occidente constituyó el elemento central de los cambios que acarrea el proceso de Romanización. La carencia de ciudades se consideraba el distintivo más evidente de la barbarie. En cambio, la ciudad, para el romano cobijado bajo la alargada sombra de la civilización griega, era el medio natural de la vida humana, único lugar donde podían realizarse todas las potencias del hombre. Sin duda, reside en esta concepción el motor último del prodigioso avance de la ciudad durante los primeros siglos del Imperio. G. Woolf, en su estudio sobre la provincialización de las Galias, ha identificado cuatro factores esenciales del proceso de urbanización⁵⁰: cambios de emplazamiento de las nuevas ciudades, no sólo trasladándose de las alturas a las llanuras sino vertebrando redes urbanas y articulando y transformando el poblamiento rural de las aldeas; nueva organización del espacio urbano, que en los mejores casos supuso la adopción de un callejero ortogonal, mientras que en aquellos lugares donde las tradiciones previas estaban bien consolidadas –y me refiero a propiedades, usos y costumbres–, la creación de los espacios públicos romanos, foros, templos, basílicas, teatros, acabó por modificar toda la estructura urbana; indisolublemente unida al punto anterior está la monumentalización, a la que habría que añadir el último aspecto que no es otro que la adopción del modelo romano de casa.

Es evidente que todos estos factores también pueden reconocerse en el Oriente. La reordenación del Ponto-Bitinia por Pompeyo o la urbanización de Misia servirían de ejemplo para el primero⁵¹; dos buenos botones, Corinto y Nicópolis, valdrían como muestra para la más acabada transformación que implica el segundo⁵²; en cualquier ciudad del Oriente encontraríamos múltiples testimonios de los dos últimos⁵³. Pero me interesa centrarme ahora en el proceso de monumentalización de las ciudades griegas bajo el Imperio porque es el que más

48. MILLAR, F.: *The Emperor in the Roman World*. Londres, 1992, pp. 420-434. MACMULLEN, R.: «Roman Imperial Building in the Provinces», *HSCP*, 64, 1959, pp. 207-235. MITCHELL, St.: «Imperial Building in the Eastern Roman Provinces», *HSCP*, 91, 1987, pp. 333-365. Pareja imprescindible para este asunto son los libros de BOATWRIGHT, M. T.: *Hadrian an the City of Rome*. Princeton, 1987 y *Hadrian and the cities of the Roman Empire*. Princeton, 2000.

49. MACKIE, N.: «Urban munificence and the growth of urban consciousness in Roman Spain», en *The Early Roman Empire in the West*. Oxford, 1990, pp. 179-192.

50. WOOLF, G.: *Becoming Roman*. Cambridge, 1998, pp. 112-126.

51. GUINEA, P.: *Nicea, ciudad y territorio en la Bitinia romana*. Huelva, 1997, pp. 42-55. JONES, A. H. M.: *Cities of the Eastern Roman Provinces*. Oxford, 1937, pp. 88-95. WOOLF, G.: «The Roman Urbanization of the East», en ALCOCK, S. E. (ed.): *The Early Roman Empire in the East*. Oxford, 1997, pp. 1-14.

52. RIZAKIS, A. D.: «Roman Colonies in the Province of Achaia: Territoires, Land and Population», en ALCOCK, S. E. (ed.): *The Early Roman Empire in the East*. Oxford, 1997, pp. 15-36. ROMANO, D.: «A tale

rápidamente se da, el que afectó prácticamente a todas las ciudades, el factor más estrechamente vinculado con el evergetismo y el universalmente reconocido como hijo de la dominación romana:

Ahora todas las ciudades griegas se levantan apoyadas en vosotros, y los monumentos que hay en ellas, las artes y todos los adornos, redundan en vuestro honor como el adorno en un suburbio. Se han llenado las costas, las riberas y las tierras interiores con ciudades, unas fundadas, otras acrecentadas en vosotros y por vosotros (Aristid. XXVI 94).

Stephen Mitchell consideraba que la monumentalización era el rasgo particular de la vida de las ciudades en Anatolia durante los dos primeros siglos de nuestra era. Esta actividad, en cambio, se habría frenado a finales del s. II en favor de otras manifestaciones cívicas menos costosas como los festivales⁵⁴. Sin duda la importancia de la edilicia durante los dos primeros siglos estuvo determinada por la visión que los romanos tenían de la ciudad y el efecto que causaba esta perspectiva en el proceso de transformación del Occidente. La comunidad política, la comunión cultural y el urbanismo son los tres rasgos fundamentales de la ciudad romana. Encontraban su reflejo físico en la peculiar configuración de los centros urbanos, donde el foro, sede de la vida política, era presidido por los templos cívicos, que de alguna forma tutelaban la actividad pública y constituían así el conjunto monumental más importante de la ciudad⁵⁵. Los troyanos invisibles de Virgilio, mientras espían el levantamiento de su futura rival, Cartago, no vieron otra cosa: murallas, calles, edificios en construcción y, entre ellos, el inmenso templo de Juno. *Iura magistratusque legunt sanctumque senatum*. En un magistral verso el poeta resumía el orden constitucional y la importancia de la ley para el romano⁵⁶. Las oligarquías occidentales, por simple imitación quizás –y también las orientales–, asumieron pronto este ideal y se lanzaron a la monumentalización de sus ciudades volcando sus recursos en esta suerte de obras públicas.

Las razones de esta actividad no son puramente ideológicas, sino que entre ellas debe contarse también la nueva lucha por el poder local y regional que imponía el dominio romano. Desaparecida la guerra intertribal –la política internacional, podría decirse del Oriente– como vía fundamental de prestigio y poder, el evergetismo

of two cities: Roman colonies at Corinth», en FENTRESS, E. (ed.): *Romanization and the City* (JRA, Suppl. 38). Portsmouth, 2000, pp. 83-104. CHRYSOS, E. (ed.): *Nikopolis I. Proceedings of the First International Symposium on Nicopolis*. Preveza, 1987. DOUKELLIS, P. N.: «Actia Nicopolis: idéologie impériale, structures urbaines et développement régional», *JRA*, 3 (1990), pp. 399-406.

53. Véase, p. ej., TOSI, G.: «La politica edilizia romana in Asia Minore nel carteggio fra Plinio il Giovane e l'imperatore Traiano», *Riv. Di Arch.*, 1, 1977, pp. 53-63.

54. MITCHELL, St.: *Anatolia. Land, Men and Gods in Asia Minor*, I. Oxford, 1993, pp. 80 y 198-199.

55. ZANKER, P.: «The City as Symbol: Rome and the creation of an urban image», en FENTRESS, E. (ed.): *Romanization and the City* (JRA, Suppl. 38). Portsmouth, 2000, pp. 25-41.

56. Verg., *Aen.* I 421-463. WOOLF, G.: *Becoming Roman*. Oxford, 1998, pp. 125-126.

urbanizador ofrecía la conveniente alternativa. Al menos tres razones había para esto. Permitía demostrar fidelidad al ideal urbano del nuevo señor romano. Establecía lazos privilegiados con la casa reinante, tanto porque con frecuencia los monumentos levantados estaban destinados al culto imperial o, simplemente, a identificar la presencia política del Emperador y su familia, como porque los evergetas locales podían presentarse como continuadores de la labor edilicia que los emperadores desarrollaban ya en Roma ya en las ciudades de las provincias. Por último, hacia el interior de sus propias comunidades, el evergetismo, especialmente el de fines edilicios, aparecía como un instrumento privilegiado de poder puesto que proporcionaba influencia sobre todos los estratos de la comunidad cívica. No fueron distintas las razones por las que en Oriente las oligarquías ciudadanas se lanzaron a la construcción de edificios suntuosos.

La victoria de Accio y la consolidación del poder de Augusto significaron para las oligarquías griegas el inicio de una nueva etapa en su devenir histórico. Las dificultades de la documentación impiden hacer una valoración cabal de su situación, pero podría afirmarse que el desenlace final de las Guerras Civiles vino acompañado por una modificación en la composición de las oligarquías ciudadanas. Los efectos sociales de la instauración del poder autocrático se sintieron en todos los campos de la vida pública. El nacimiento de un nuevo vértice en el orden social trastocó todo el ordenamiento previo⁵⁷; también en las ciudades. La riqueza, el prestigio, el control de los instrumentos de la vida política y la posesión de la *paideia* siguieron siendo criterios fundamentales de la preeminencia social⁵⁸, pero la lealtad al emperador y los vínculos privilegiados con su persona y con los restantes miembros de la casa imperial se convirtieron en factor determinante. Nuevas personas, provenientes en muchos casos de nuevas familias, pasaron a ocupar la cúspide social de las ciudades⁵⁹.

En pocas ciudades los estudios prosopográficos han permitido establecer este cambio con certeza, aunque existan indicios razonables de que realmente así ocurrió. Uno de los casos mejor conocidos es Atenas. De los seis estrategos de los hoplitas conocidos para el reinado de Augusto, Antípatro, hijo de Antípatro, del demos de Flía destaca sobre todos al ocupar en siete ocasiones, entre los años 30 y 17 a.C., la máxima magistratura; provenía de una familia sin tradición. Todos los

57. Ésta es una de las ideas principales de ALFÖLDY, G.: *Historia social de Roma*. Madrid, 1987, pp. 131-132.

58. Véase, p. ej., DEVIJVER, H.: «Local elite, equestrians, and senators: a social history of Roman Sagalassos», *AncSoc*, 27, 1996, pp. 105-162, esp. 105-107. Para la importancia de la *paideia* como factor de discriminación social: SWAIN, S.: *Hellenism and Empire*. Oxford, 1996, pp. 33-42 y 65-100; HIDALGO, M.ª J.: «La *paideia* griega, iniciación a la realeza: los *peri basileias* de Dión Crisóstomos», *SHHA*, 22, 2004, pp. 71-90.

59. La importancia del culto imperial como lazo entre las oligarquías y el emperador: LOZANO, F.: *La religión del poder. El culto imperial en Atenas en época de Augusto y los emperadores Julio-Claudios* (BAR 1087). Oxford, 2002.

demás magistrados conocidos formaban parte de linajes que, entre la Guerra Mitrídatica y Accio, habían quedado apartados de la vida política. Entre esas estirpes figura también la de Herodes Ático que, a diferencia de las demás, sólo adquirió renombre en Atenas tras la victoria silana y su vinculación al nuevo orden; Cicerón, César y el mismo Augusto figuran entre sus conexiones romanas⁶⁰. Otro tanto podría decirse de la familia de Euricles de Esparta, recompensada extraordinariamente por su insólito y afortunado alineamiento con el vencedor⁶¹. Este fenómeno de dependencia con la casa imperial de las oligarquías ciudadanas no hizo otra cosa que acentuarse durante las siguientes centurias. El apelativo de *philokaisar*, frecuentemente acompañado por el de *philopatris*, sirvió de estandarte de la posición social conseguida. El favor imperial se convirtió en factor determinante de la lucha política interna⁶²; el evergetismo en su instrumento predilecto.

Es difícil, para la Antigüedad, encontrar testimonios que atestigüen las intenciones de las acciones emprendidas, por lo que el historiador tiende a suponerlas, deduciéndolas de los actos. Es difícil, para la Antigüedad, encontrar testimonios que corroboren directamente hipótesis modernas. Por eso quiero traer a colación un documento que, creo, cumple, a pesar de las dificultades, ambas premisas y ejemplifica, magistralmente, los cambios reseñados en la vida cívica y sus orígenes. Se trata de una carta de Antonino Pío dirigida a los efesios en el año 145 sobre Vedio Antonino⁶³. Después del encabezamiento de rigor donde aparecen los títulos imperiales y las fórmulas de saludo a la ciudad la inscripción continúa:

Conozco la donación que Vedio os ha hecho no tanto por vuestra carta como por la del mismo Vedio. Pues éste, con la intención de recibir de mí ayuda para el adorno de las obras que os ha prometido, me ha dejado claro cuántos y cuán grandes son los edificios que ha propuesto a la ciudad y que vosotros, de manera incorrecta, no le habéis aceptado. Y yo también quiero ayudarlo en lo que me pide y acojo con agrado que, no a la manera de la mayoría de quienes quieren participar en la vida pública –individuos que malgastan sus donaciones en espectáculos, reparos y organización de juegos por mor de una inmediata reputación–, aspire, por el contrario, a hacer a su ciudad aún más digna por su previsión.

60. GEAGAN, D. J.: «The Athenian Elite: Romanization, Resistance and the Exercise of Power», en HOFF, M. C. y ROTROFF, S. I. (eds.): *The Romanization of Athens*. Oxford, 1997, pp. 19-32.

61. CARTLEDGE, P. y SPAWFORTH, A.: *Hellenistic and Roman Sparta*. Londres, 1989, p. 97.

62. Éste es uno de los argumentos principales de mi trabajo: «Acaya, la creación de una provincia», en *Laudes provinciarum (Revisiones de Historia Antigua)*, en prensa. Un caso extravagante de promoción social gracias a la vinculación con el emperador es el del capitán mercante Erasto, quien había tenido el honor de transportar al emperador Adriano en uno de sus viajes. El Emperador se dirigió a la ciudad de Éfeso para que lo incluyera en su Consejo (SIG³ 838).

63. OLIVER, J. H.: *Greek Constitutions of Early Roman Emperors from Inscriptions and Papyri*. Filadelfia, 1989, n.º 138.

Resulta evidente la buena disposición del Emperador ante las donaciones con fines edilicios, cómo el favor imperial era un instrumento trascendental en la vida pública y cómo las donaciones evergéticas no estaban al margen de la lucha por el poder de las oligarquías cívicas.

SON LOS HOMBRES EL BASTIÓN MÁS FIRME DE LA CIUDAD⁶⁴

De todo lo dicho podría concluirse que las ciudades griegas sufrieron una importante transformación a consecuencia de la implantación del gobierno imperial. Este cambio fue físico, puesto que las ciudades se monumentalizaron en un grado desconocido hasta entonces. Pero también fue un cambio político, un cambio que afectó a la esencia misma de la *polis*. El gobierno de las ciudades culminó su proceso de aristocratización por medio de la asociación indisoluble entre evergetismo y acción política. Esta nueva dimensión de la gobernación cívica no se hizo sin oposición, una oposición que no pudo nacer de aquellos clanes aristocráticos marginados a consecuencia de las Guerras Civiles o privados de una relación privilegiada con la casa imperial, sino de miembros bien ubicados dentro de las nuevas oligarquías que consideraron que esta evolución ponía en peligro las marcas de la identidad griega. Fue desde la *paideia*, y desde el pasado recuperado como fundamento del helenismo en el Imperio, que se protestó contra estas prácticas. No se trata sólo ni fundamentalmente de la crítica de moralistas, sino de las objeciones de políticos que creían que la unión entre gobierno y evergetismo podía acabar rompiendo tanto la necesaria solidaridad aristocrática como la personalidad misma de la *polis* griega. Y éste era un bien que debía preservarse.

El paso del tiempo fue acumulando sobre el término *polis* diversos sentidos que nunca se excluyeron, aunque permitieron perspectivas diversas del mismo fenómeno⁶⁵. *Polis* era la realidad física de la ciudad, pero también se utilizó como metonimia de los habitantes de la ciudad, de la comunidad «política», dotada de personalidad moral y tratada con frecuencia como un organismo vivo con historia propia. Por último, *polis* también designaba la organización política de esta comunidad humana. Si este tercer significado, por su aspecto más técnico, estuvo al margen de la discusión, resulta evidente que desde el mismo Arcaísmo la *polis* física y la comunidad humana contenían el germen de la contradicción. Los cambios en las ciudades griegas descritos en las páginas precedentes desequilibraron la balanza en favor de la *polis* como espacio, siendo beneficiada de unos actos evergéticos del que podían disfrutar no sólo los ciudadanos. El urbanismo se convertía en el campo predilecto de la lucha entre políticos. Quienes así actuaron nunca creyeron que

64. Alceo, *fr.* 112 L.-P.

65. LÉVY, E.: «La cité grecque: invention moderne ou réalité antique?», en NICOLET, C. (ed.): *Du pouvoir dans l'antiquité: mots et réalités*. Genève, 1990, pp. 53-67. AMPOLO, C.: «Il sistema della polis. Elementi costitutivi e origini della città greca», en *I Greci*, 2. *Una storia greca*, I. Turín, 1996, pp. 297-342.

estuvieran atacando los fundamentos de sus propias comunidades, sino que las servían a las vez que beneficiaban a sus propios intereses⁶⁶. No otra cosa se hacía en Occidente; no otra cosa, el Emperador en Roma. El frecuente título de *philópatris* con el que la comunidad honraba a su más conspicuos evérgetas es el testimonio más claro de que creían caminar en la dirección correcta⁶⁷.

Resulta muy significativo que Pausanias, al asumir las transformaciones que la ciudad griega había sufrido bajo la influencia romana, dudara, a pesar de las competencias políticas que al final le reconoce, de la condición de Panopeo,

una ciudad de los focidios, si se puede llamar ciudad a la que no tiene edificios públicos ni gimnasio, ni teatro, ni ágora, ni agua que baje a una fuente, sino que viven en refugios al descubierto como cabañas de montaña junto a una torrentera. Sin embargo, su región tiene mojones con sus vecinos, e incluso envía delegados a la Asamblea Focidia (Paus. X 4, 1).

No obstante, aquellos benefactores preocupados por las mejoras urbanísticas, y también sus admiradores, merecieron de Elio Aristides el apelativo de λίθων ἐρῶντας, de «amantes de las piedras», a los que acusaba, junto a los adictos a los baños –λουτρῶν ἐξηρητημένους– y quienes honran lo inútil –ἀ μὴ δεῖ τιμῶντας–, de ser incapaces de aprovechar sus lecciones de retórica y sus conferencias⁶⁸, parte fundamental de la educación superior y de la formación característica de las oligarquías griegas, la *paideia*. Pero la crítica no se hacía sólo en el ámbito educativo por la perversión de valores. Aristides también era consciente de los males precisos que para la vida política de las ciudades, y para su relación con los emperadores, suponía un énfasis desmedido en estas actividades edilicias y evergéticas. El discurso XXIII, *A las ciudades sobre la concordia*, gira principalmente en torno a esta idea. Para el sofista, la belleza de los edificios públicos, el tamaño de los recintos sagrados –sin duda, se refería también a aquellos consagrados al culto imperial–, la misma ubicación de la ciudad y la abundancia de recursos –todos ellos tópicos del encomio cívico–⁶⁹ sólo eran producto de la Fortuna, que los concede y quita cuando quiere. Este aparente desprecio por los monumentos que constituían la gloria de Asia nace de la clara conciencia de que su sobrevaloración era la causa última de una rivalidad interciudadana que amenazaba con destruirlos⁷⁰. Aristides abogaba por el restablecimiento de la concordia ciudadana. Ésta era su receta:

66. GROS, P.: «Modèle urbain et gaspillage des ressources dans les programmes édilitaires des villes de Bithynie au début du II^e siècle ap. J.-C.», en *Colloque sur l'origine des richesses dépensées dans la ville*. Aix en Provence, 1985, pp. 69-85.

67. GASCÓ, F.: «Evergetismo y conciencia cívica en la parte oriental del Imperio», *Habis*, 26, 1995, pp. 177-186; HIDALGO, M.^a J.: «Las ciudades...», pp. 80-87.

68. Aristid., XXXIII 25.

69. PERNOT, L.: *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*, I. París, 1993, pp. 178-216.

70. Aristid., XXIII 30-31, 65-67. GASCÓ, F.: *Ciudades griegas en conflicto* (s. I-III d.C.). Madrid, 1990. ROBERT, L.: «La titulature de Nicée et de Nicomédie: la gloire et la haine», *HSCP*, 81, 1977, pp. 1-29.

Mis buenos amigos, esto es posible si moderáis un poco vuestra admiración por las piedras, si pensáis que vosotros mismos sois más dignos que los edificios, y si creéis que es verdad este antiguo dicho, que ni las murallas, ni los odeones, ni las estoas, ni el adorno de los elementos sin vida son las ciudades, sino los hombres que saben confiar en sí mismos (XXIII 68).

La armonía del cuerpo cívico, consideraba, era el verdadero adorno de las ciudades. Y finalizaba recordando que quienes respetaran aquel principio encontrarían la mejor de las disposiciones en los emperadores. Es necesario detenerse en este aspecto por un momento. El discurso fue pronunciado bajo el gobierno conjunto de Marco Aurelio y Lucio Vero, a quienes se recuerda de manera oblicua al final del discurso. No son ellos quienes hicieron este anuncio. La proclama partió de un emperador descrito como «el mejor de los emperadores y el que aventaja a todos en formación» –τοῦ κρατίστου τῶν βασιλέων καὶ πάντας παιδεία παρελθόντος–. Sin duda, era Adriano. Lo interesante del caso es que se trata de un claro ejemplo de cómo la helenización de los dirigentes romanos acompañaba la romanización de Grecia, tanto que el propio Emperador tuvo que intervenir enarbolando los principios morales del Helenismo contra las consecuencias indeseadas de una práctica fomentada, directa o indirectamente, por Roma. De esta forma, los valores comunitarios de la *polis* volvían a Grecia bajo el manto protector imperial⁷¹. La *polis*, podría decirse, se había convertido en una forma más de ciudad romana.

Esta primera crítica contra el evergetismo edilicio se hacía desde el campo de la filosofía política. El pensamiento estaba profundamente inspirado en múltiples y dignísimos testimonios del pasado que, como es sabido, constituía el campo predilecto para la investigación sobre la nueva identidad griega en el Imperio. Alceo, el Temístocles de Heródoto o el Nicias de Tucídides tienen sentencias claras en este sentido. Baste recordar el carácter fundamental de *koinonía* que para Aristóteles tenía la ciudad⁷². Luciano de Samosata, para expresar opiniones concordes con la de Aristides, recurría a Solón, quien así ilustraba a Anacarsis: «Nosotros pensamos que la ciudad no consiste en los edificios, tales como murallas, templos, arsenales navales, sino que éstos son como un cuerpo inerme e inmóvil destinado a acoger y ofrecer seguridad a los ciudadanos. Nosotros ponemos toda la fuerza en los ciudadanos». El debate, incluso había llegado a la Roma de la República tardía. Para

SHEPPARD, A. R.: «Homonoia in the Greek Cities of the Roman Empire», *AncSoc*, 15-17, 1984-1986, pp. 229-252; HIDALGO, M.^a J.: «Las ciudades...», pp. 96-110.

71. Aristid., XXIII 73. La identificación con Adriano la defiende en Aristides: *Discursos IV*. Madrid, 1997, p. 139, n. 91. Sobre el filohelenismo de Adriano como factor político: CALANDRA, E.: «Adriano, emperador filoheleno», en CORTÉS COPETE, J. M. y MUÑIZ, E. (eds.): *Adriano Augusto*. Sevilla, 2004, pp. 87-102. Otro caso parecido es el recogido en SEG XLVIII 742, donde el gobernador obliga a Beroea a aplicar los fondos de un legado al mantenimiento del gimnasio, institución que considera fundamental para el prestigio de la ciudad. KOKKINIA, C.: «Ruking, inducing, arguing: how to govern (and survive) a Greek province», en *Roman Rule and Civic Life: Local and Regional Perspectives*. Amsterdam, 2004, pp. 39-45.

72. Alceo, fr. 112. Herod., VIII 61, 1-2. Tucid., VII 77, 7. Arist., *Pol.* 1252a.

Pompeyo *non est... in parietibus res publica* mientras que para Cicerón, más acorde quizás con la idea romana, la ciudad estaba *in aris et focis*⁷³.

PLACERES PROPIOS DE CERDOS

Pero la amenaza para esa concepción de la ciudad que defendían algunos de los más destacados *pepaideumenoí* griegos no venía sólo de la primacía del urbanismo sobre la comunidad cívica, sino del deterioro de valores que se consideraban fundamentales. Algunos de estos edificios, nuevos y viejos, portaban el mal. Dos ejemplos, con sólo la voluntad de presentar el argumento, permitirán comprender el asunto: las termas y los teatros.

Pocos edificios muestran tan a las claras la relación dialéctica, y por tanto fructífera, entre el Occidente latino y el Oriente griego, como la historia de las construcciones destinadas a los baños públicos⁷⁴. Fueron un elemento típico e imprescindible de las ciudades romanas, fácilmente reconocibles para el arqueólogo por la alternancia ritual de los ambientes frío, templado y caliente. La construcción de baños romanos y la adopción del hábito romano del baño es uno de los indicios más claros de romanización⁷⁵. Fueron también, y gracias a la acción imperial o a la de personas de su más directa confianza, una de las grandes puertas de la helenización de Roma. En verdad, la novedosa fusión de los *balnea* romanos con la palestra griega –obra de Agripa– creó el modelo de terma imperial que acabaría difundiéndose por todo el mundo. Pero la innovación augústea no se hizo sin resistencias, pues para los más firmes defensores de la moralidad romana suponía introducir en el corazón de las ciudades la parte principal –así consideraban a la palestra– de una institución griega, el gimnasio, lugar donde sólo podían corromperse los buenos ciudadanos⁷⁶. Que fuera Nerón quien rehiciera las termas de Agripa, desarrollando la fusión entre Oriente y Occidente, no ayudó en nada a mejorar la consideración de esta nueva institución cívica.

Pero la creación de las termas también tuvo su repercusión sobre el gimnasio griego. Esta institución había sido la sede del entrenamiento atlético, formación que había perdido importancia con la decadencia de las milicias cívicas en favor de la educación intelectual. El gimnasio, como parte central de la vida cívica, era campo predilecto de la beneficencia de los evérgetas, quienes no sólo financiaban los gastos acostumbrados para el mantenimiento de los baños y para la práctica de los

73. Lucianus, *Anach.* 20. Cic., *Ad Atticum* VII 11, 3.

74. YEGÜL, F. K.: *Baths and bathing in classical antiquity*. Nueva York, 1992. NIELSEN, I.: *Thermae et balnea. The architecture and cultural history of Roman public bath*, I-II. Aarhus, 1993.

75. ZAJAC, N.: «The thermae: a policy of public health or personal legitimation?», en DELAINE, J. y JOHNSTON, D. E. (eds.): *Roman Baths and Bathing (JRA Suppl. 37)*. Portsmouth, 1999, p. 101. FARRINGTON, A.: «The introduction and spread of Roman bathing in Greece», *id.*, pp. 57-66.

76. En general sobre el argumento, PETROCHILOS, N.: *Roman Attitudes to the Greeks*. Atenas, 1974, pp. 163-196: las reservas romanas contra la educación griega.

deportes, sino toda la actividad educativa, es decir, profesores, conferenciantes intinerantes, libros y bibliotecas, etc.⁷⁷. La rentabilidad política de su generosidad era alta e inmediata, pues los beneficiarios no eran otros que los hijos ya crecidos de las oligarquías de su misma ciudad y, en muchas ocasiones, también de otras⁷⁸.

Formalmente, el gimnasio griego y la terma romana, en los siglos del Alto Imperio, eran muy similares, aunque podrían indicarse algunas pequeñas, pero significativas, diferencias. Los baños, que para el gimnasio no eran sino un apéndice destinado a servir a la actividad atlética, eran el elemento central de la terma que solía poseer una palestra como mero accesorio. Pero esta diferencia formal ocultaba otra aún mayor. El gimnasio era una institución fundamental para la adquisición de la *paideia* que, como ya se dijo, constituía uno de los elementos que identificaban las oligarquías griegas. En cambio las termas romanas carecían de este valor formativo; eran instituciones organizadas para el deleite de los ciudadanos. Por eso los griegos podían reconocer en las termas romanas el mismo peligro que los romanos veían en los gimnasios griegos: el germen de la molición destructora de cuerpo cívico⁷⁹. Y esta sensación sólo podía acentuarse cuando los evergetas, llevados por el espejismo de la capital romana, levantaban en Oriente gimnasios que más eran termas que verdaderos gimnasios, donde los espacios formativos, la palestra y el odeón, perdían terreno en favor de suntuosas salas de baño. Aristides no podía ser más claro en la denuncia de estas actitudes:

Vosotros, locos enamorados, quienes ante todo me amáis de esta manera y habéis creído que soy la cima de los helenos, e incluso lo gritáis en los gimnasios y en el ágora, habéis sufrido lo mismo que los hijos de los hombres famosos; a éstos les basta con tener esos padres, mientras que ellos viven en la molición la mayor parte de sus asuntos. A vosotros os basta con que yo esté presente y declame, pero consideraréis que comparecer y participar en la sesión es una cosa propia exclusivamente de extranjeros. Y así, en vez de ir a las lecturas, la mayoría de vosotros gastáis vuestro tiempo en torno a los baños (XXXIII 24. 25).

El éxito de quienes incitan al baño festivo suponía, según el sofista, una competencia desleal hacia la verdadera actividad de los gimnasios: la formación de los jóvenes.

¿A quiénes me refiero? A esos que se ungen con grasa y llevan ramas de palmera y que no convocan a las declamaciones de los rétores... Ensalzan las piscinas

77. DELORME, J.: *Gymnasion: étude consacré à l'éducation en Grèce*. Roma, 1960.

78. La relación estrecha entre baños y evergetismo: DELAINE, J.: «Benefactions and urban renewal: bath buildings in Roman Italy», en DELAINE, J. y JOHNSTON, D. E. (eds.): *Roman Baths and Bathing* (JRA Suppl. 37). Portsmouth, 1999, pp. 67-75.

79. WALLACE-HADRILL, A.: «Vivere alla greca per essere Romani», en *I Greci, 2. Una storia greca, III*. Turín, 1998, pp. 941-945.

y el verso «viniendo aquí detén el navío»⁸⁰, y estas cosas son las que recomiendan y procuran a los que desembarcan. Cuando de un lado entra el rétor para competir, y del otro lado vuestro florido mariposón –ὁ ρέμβος ὑμῖν ἀμφιθαλῆς– llega prometiéndole tales cosas, naturalmente sucede, creo que éste alcanza la victoria y que ningún anciano ni joven esté dispuesto fácilmente a comportarse con moderación. Éstas son las cosas que zancadillean a los oradores, éstas, como una nube o una noche sin luna, oscurecen todos los beneficios de la educación –ἐπισκοτεῖ πᾶσι τοῖς περὶ παιδείαν καλοῖς– (XXXIII 27-28).

La composición de este discurso fue acompañada y auspiciada por una de las frecuentes pesadillas del hipocondriaco orador, sueño en el que se le animaba a mantener el debate y se le adelantaba, por parte de Asclepio, la argumentación. Aristides discutía, en sueños, con un «jovencito de los de gimnasio», quien sostenía la bondad de los grandes establecimientos termales, opinión que Aristides refuta para acabar calificando la afición al baño recreativo como «placeres propios de cerdos», ὧν τινῶν εἶναι ἡδονὰι, por oposición a la retórica, actividad auténticamente humana⁸¹.

No puedo terminar esta serie de breves comentarios a la difusión de los hábitos y edificios romanos de baños en Oriente sin recalcar la idea de la complejidad, y carácter contradictorio, del asunto. Para empezar, se ha conservado la noticia de un discurso de Favorino titulado, significativamente, *En favor de los baños*⁸². Favorino, originario de Arlés, representa el éxito de la romanización de la Sofística, de la que es uno de los máximos representantes. Fue posiblemente su origen occidental y latino –lengua en la que también fue maestro– la razón de su inclinación a disfrutar de los placeres del agua. También en Aristides se encontrará, paradójicamente, uno de los mayores defensores de los baños, y no por propia voluntad, quizás, sino por mandato divino⁸³. Durante toda su vida de enfermedad, el baño fue para él, a pesar de periodos largos de privación, remedio seguro contra muchos de sus males. Pero en su mente, el baño terapéutico y divino no eran equiparables a la podredumbre del baño de placer. Por otro lado, uno de los edificios prometidos por Vedio Antonino y que, como ya se vio, exigió la intervención imperial para que los efesios cedieran a su pretensión de construirlo, no era otro que un gimnasio dotado de palestra y termas. En su interior se había colocado una estatua colosal de Androklos, el fundador de Éfeso, cuyo rostro era un retrato de

80. Este verso formaba parte de la canción de las sirenas (Hom., *Od.* XII 184-5), que había pasado a simbolizar las placenteras tentaciones a las que el sabio griego debía hacer frente.

81. Aristid., XLVII 19.

82. Philost., *VS* 491. El discurso está perdido, pero no se debe considerar como uno de esos dedicados a los *parádoxa*: BARIGAZZI, A.: «Favorino di Arelate», *ANRW*, II 34, 1. Berlín-Nueva York, 1993, pp. 556-581.

83. BOUDON, V.: «Le rôle de l'eau dans les prescriptions médicales d'Asclépios chez Galien et Aelius Aristide», en *L'eau, la santé et la maladie dans le monde grec*. París, 1994.

Antinoo⁸⁴. Se cerraba así este deforme círculo de ciudad, evergesía, cultura, pasado griego, rivalidad política y presencia imperial.

La otra amenaza para la vida cívica, que quiero reseñar, provenía de los teatros. Institución griega antiquísima, fue asumida como uno de los indicadores de la urbanidad también en el Occidente latino. Resulta extremadamente significativo que, tal y como señala G. Woolf, en las ciudades de las Galias, tras el foro, fueran los teatros los primeros edificios en levantarse a imitación de las colonias⁸⁵. No otra cosa debió de ocurrir en las demás provincias occidentales, también en Hispania. ¿Qué se hacía en esos teatros? La elite cultural griega debía tener sus dudas sobre el uso verdaderamente teatral de los edificios occidentales; en verdad las dudas se tenían sobre el grado de civilización de Occidente. Éste debe ser el significado de la anécdota que Filóstrato incluye al narrar el viaje de Apolonio por la Bética, en tiempos de Nerón, cuando la mayoría de los teatros pétreos de la provincia ya estaban levantados o se encontraban en las últimas fases de construcción. Según Filóstrato, un actor de tragedias que se ganaba la vida de *tournée* por las ciudades de la provincia, cosechando el éxito entre los menos bárbaros provocó, con su máscara, la espantada del público en la ciudad de Ipola, nombre que no responde a ninguna ciudad conocida, pero que se ha querido identificar, sin mucho acierto, con Híspalis, o, más recientemente, con Ipora (Montoro)⁸⁶. La autenticidad de la anécdota es irrelevante; más significativo me parece el prejuicio intelectual contra un Occidente calificado de semibárbaro.

Pues de ese Occidente bárbaro, donde también podía, aunque en distinto grado, encontrarse Roma, había llegado al mundo griego, y con enorme éxito, una innovación teatral que amenazaba todo el conjunto de valores de la *paideia* griega: la pantomima. Aristides, siempre atento a las amenazas que acechaban su alto ideal helénico, compuso un discurso contra aquella práctica bárbara y escandalosa, que no se ha conservado. Se conoce la noticia por Libanio quien compuso una ardiente refutación, pero que cita tan frecuentemente a su rival que permite conocer sus argumentos⁸⁷. Mimos y bailarines, equiparados en la crítica, son «la peste de las ciudades y casas y de cualquiera que los vea». La inmoralidad y obscenidad de sus actuaciones ponían en peligro la recta formación de la juventud, destrozando sus valores patrios. Esparta, ciudad a la que Aristides dirigió su escrito, estaba amenazada de muerte. Los mismos argumentos fueron usados contra la comedia⁸⁸.

84. Gimnasio de Vedio: *IK Ephesos* 2039. Estatua de Androklos: ROGERS, G. M.: *The Sacred Identity of Ephesos*. Londres, 1991, p. 107.

85. WOOLF, G.: *Becoming Roman*. Cambridge, 1998, p. 122.

86. Phislost., VA V 9. GASCÓ, F.: «El viaje de Apolonio de Tiana a la Bética», *Revista de Estudios Andaluces*, 4, 1985, pp. 13-22.

87. Libanio, LXIV, *En defensa de los bailarines*. BOULANGER, A.: *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au I^{er} siècle de notre ère*. París, 1923, pp. 297-299.

88. Aristid., XXIX, que lleva el título: *Sobre la prohibición de representar comedias*. Argumentos parecidos fueron expuestos por Plutarco, *Comparación entre Aristófanes y Menandro y Dion*, XXXII. El asunto fue retomado por Tertuliano, *Sobre los espectáculos*.

Pero no se trataba de una excentricidad más del rigorista Aristides. Luciano, formado igualmente en la Sofística, pero proveniente de un ambiente cultural distinto, más proclive a las innovaciones venidas de la capital imperial como corresponde a la militarizada Siria, opinaba de distinta manera. Bajo el título de *Περὶ ὀρχήσεως* compuso una apología no sólo de la danza, sino también de la pantomima, a la que consideraba una práctica antigua en las ciudades griegas de Italia, además de un espectáculo auspiciado por los emperadores⁸⁹. Al comienzo de la obrita, en boca de Cratón, ponía los argumentos de los críticos. Merecen ser transcritos:

Pero mi querido amigo, ¿quién que sea un hombre y además haya convivido toda su vida con la erudición y haya tenido un trato razonable con la filosofía, va a dejar de interesarse por las cosas mejores y alternar con los antiguos, para sentarse, dominado por la flauta, contemplando a un ser afeminado que presume de sus refinados vestidos y sus cantos lascivos e imita a mujerzuelas enamoradas, las más lascivas de la Antigüedad, las Fedras, Parténopes y Ródopes, y todo esto acompañado de rasguear de cuerdas, instrumentos de viento y zapateados, cosas verdaderamente ridículas y poco propias de un hombre libre como tú? (XLV 2).

Advertía este mismo Cratón a Licino, *alter ego* de Luciano, que se disponía a defender aquellos espectáculos:

Vas a necesitar por ello, mi buen amigo, una larga defensa para enfrentarte a las personas cultas –*πρὸς τοὺς πεπαιδευμένους*–, si no quieres que te descalifiquen por completo y te eliminen del grupo de hombres serios (XLV 3).

La *paideia*, aquel elemento distintivo de las oligarquías griegas, debía conservarse como fundamento primero del poder en sus ciudades del Imperio.

OLIGARQUÍAS, EVERGETISMO Y CONCIENCIA CÍVICA

A modo de conclusión es imprescindible recordar a Plutarco, el único autor que de manera directa trató los problemas, y las oportunidades, que el nuevo evergetismo, profundamente romanizado, traía a la vida de las ciudades. Su reflexión es más interesante, aún, puesto que se hizo antes que la de los más furibundos críticos ya citados y porque se compuso desde una de las provincias griegas más pobres⁹⁰ y con menor capacidad edilicia. No obstante, de sus palabras puede

89. JONES, C. P.: *Culture and Society in Lucian*. Londres, 1986, pp. 68-77. En estas páginas se pone en relación esta obra con la corte de Lucio Vero en Oriente, gran aficionado a esta suerte de espectáculo teatral.

90. Es en la pobreza de la Grecia europea donde ROBERT, L.: *Les gladiateurs dans l'Orient grec*. París, 1940, p. 248, descubre la razón de la escasez de testimonios materiales sobre el éxito de los gladiadores y no en la virtud moral de aquellas ciudades. Los gladiadores son, qué duda cabe, un tercer ejemplo a añadir a los baños y pantomimas.

deducirse que Plutarco había comprendido a la perfección el nuevo modelo de ciudad y de vida política que se estaba fraguando. Y tenía una propuesta para amortiguar sus efectos negativos sobre lo que consideraba rasgos pertinentes del Helenismo.

El diagnóstico era extremadamente claro, pero, a diferencia de Aristides y los otros autores del s. II, la *paideia* no era el argumento principal, sino los mecanismos de la política:

Los honores falsos y sin fundamento, resultado de espectáculos teatrales o fiestas o combates de gladiadores son los propios de las prostitutas adulaciones de las multitudes, siempre sonriendo al que da y reparte, reputación efímera y frágil... Es necesario también saber que los que sobornan atentan contra ellos mismos, cuando, tras adquirir su reputación a grandes precios, convierten en poderoso y atrevido al pueblo, como si fuera dueño de dar y quitar algo importante (*Mor.* 821 F- 822 A).

El evergetismo, como nuevo instrumento de la lucha política, podía destruir a la propia clase gobernante si ésta caía en esa loca carrera por ganarse el favor del pueblo con gastos cada vez mayores destinados a fines cada vez más mezquinos⁹¹. También Plutarco estaba en contra de los espectáculos de gladiadores, de las pantomimas e incluso de los baños recreativos, si mi interpretación de sus ambiguas palabras es la correcta:

Así, tú expulsa especialmente de la ciudad cuantos actos de munificencia animan y alimentan los impulsos criminales y salvajes –τὸ φονικὸν καὶ θηριώδες– o la vaciedad e intemperancia –τὸ βωμολόχον καὶ ἀκολάστον–; y si no, evita y combate a la gente que pide tales espectáculos (*Mor.* 822 C).

Aristides fue buen discípulo del de Queronea. En lo que no fue capaz de seguir a su maestro político fue en la recomendación de que se evitara toda mezquindad en las donaciones. Éstas eran necesarias, reconoce Plutarco, puesto que los pobres esperaban esta actitud de los ricos, pero debían hacerse a cambio de nada –en verdad, buscando el intercambio diferido– o «en un momento oportuno, con un pretexto agradable y bueno, vinculado a la veneración de un dios para promover la piedad». «Haz –continuaba– que las razones de tus desembolsos sean benéficas y prudentes, siempre con un fin hermoso y necesario, o que lo placentero y agradable se añada sin daño ni desmesura»⁹².

Hilando fino podían concertarse el evergetismo, la solidaridad aristocrática, la amortiguación del conflicto entre ricos y pobres, la conciencia cívica –fundada en tradiciones y valores del pasado–, la piedad, la *paiedia* y la lealtad a Roma y a los

91. Es significativo el alegato que hizo un aristócrata de Sagalaso, cuyos bienes habían mermado considerablemente tras ofrecer un espectáculo de gladiadores «poniendo por delante su patria a su fortuna». *IGR* III 362, l. 6.

92. Plut., *Mor.* 822 B. GASCÓ, F.: *Plutarco. Consejos Políticos*. Madrid, 1991, pp. 186-189.

emperadores. Magistral hilandero tuvo que ser Vivio Salutaris, fundador de la famosísima procesión efesina⁹³. Pero sin duda, debía ser extremadamente difícil no sólo lograr la conjunción armónica de todos estos factores, sino imaginar que todos ellos formaban parte de las acciones emprendidas. Volviendo a Aristides por última vez, es necesario recordar con cuánto ardor rechazó el cargo de sacerdote de Asclepio –su dios protector– en Esmirna cuando los trabajos de su templo en el puerto estaban todavía sin terminar. La lectura de los pasajes de sus *Discursos Sagrados* en los que narra la anécdota sólo causan perplejidad por su miseria de espíritu, perdiendo una magnífica ocasión para cerrar aquel círculo del que ya hablé⁹⁴.

Éste era uno de los objetivos de este trabajo, al que espero haberme acercado: demostrar que los modelos tradicionales de interpretación de la integración griega en el Imperio (la Roma campeona del Helenismo o la alienación griega en el Imperio) son insuficientes. He pretendido dejar claro que las fuerzas encontradas que se dieron cita en el corazón de las ciudades griegas –fuerzas políticas, sociales, ideológicas, económicas, griegas y romanas– no se resolvieron en una síntesis armónica sino que crearon un permanente espacio de conflicto, incluso en cada uno de los protagonistas individuales, en el que se fraguó una de las más importantes transformaciones de la ciudad griega: su conversión en un tipo de ciudad romana, en *poleis* romanas.

93. ROGERS, G. M.: *The Sacred Identity of Ephesos*. Londres, 1991.

94. Aristid., L 100-104.